

Memorias del resplandor: relatos de sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki y de sus familias.

Cafiero, Irene Isabel y Cerono, Estela.

Cita:

Cafiero, Irene Isabel y Cerono, Estela (2017). *Memorias del resplandor: relatos de sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki y de sus familias*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/70>



XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Mar del Plata
Mar del Plata - Argentina

Mesa Temática N° 11

Discursos, relatos e imaginarios sobre tiempo, espacio y sociedad

Coordinadores

Dr. Guillermo Tella | UNGS guillermotella@gmail.com

Mag. Eugenia Arduino | UBA arduinoeugenia@gmail.com

Mag. Florencia Cendali | UNLu florcendali@hotmail.com

Memorias del resplandor: relatos de sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki y de sus familias.

Irene Isabel Cafiero. UNLP- Prof. Estela Ceron. UNLP
icafiero@hotmail.com- estelacerono@yahoo.com.ar

Abstract

Los escritos sobre Hiroshima y Nagasaki suelen empezar con el relato de la hora en que el Enola Gay lanzó sobre Japón una bomba nuclear llamada “Little Boy” desde un avión B52, que voló 6 horas hasta llegar al objetivo y cuya explosión generó una bola de fuego que terminó con la vida de más de 100.000 personas en forma inmediata. Continúan con el lanzamiento 3 días después de otra bomba. Este informe se corre del registro de los hechos y se detiene en recoger los

testimonios de sobrevivientes de esas tragedias y de sus familias. Se apoya en la palabra de quienes se salvaron y del resto de los integrantes del grupo familiar que se constituyen en intérpretes de sus padres y abuelos. Ellos, que migraron a la Argentina, reconstruyen esa parte de la historia. Son retazos de recuerdos marcados por la desgracia en la mayoría de los casos, que se hilvanan a la distancia a través de palabras, lágrimas, objetos, fotografías, silencios. Hay recuerdos que los estigmatizaron y lo siguen haciendo. Muchos no quieren hablar, por lo que en algunos casos, no son los protagonistas los que relatan sino sus hijos y nietos.

Introducción.

Hace más de una década que nos dedicamos al estudio de la comunidad japonesa asentada en la Colonia Justo José de Urquiza del Partido de La Plata. En esta oportunidad, decidimos recoger los testimonios de familias de inmigrantes que tienen o tuvieron entre sus miembros a un sobreviviente de las tragedias de Hiroshima y Nagasaki. En estos casos, además de la experiencia y la memoria de la inmigración, se suma, la experiencia y memoria de sobrevivir a las bombas.

Allí está nuestro objeto de análisis en el rescate de esas historias para salvarlas del olvido total. Wiesel (2002) hablaba de laberintos subterráneos y hacia esos laberintos de memoria está dirigido este informe. Como los recuerdos de las tragedias no son forzosamente trágicos pero tampoco son neutros, intentamos dar cuenta de la forma en que estos testimoniados se posicionan frente al hecho en su doble condición de inmigrantes y sobrevivientes. Es en el mundo más espiritual del sobreviviente donde buscamos hacer “hablar” a sus palabras e interpretar sus silencios. Esta última, es quizá la más compleja de las tareas.

Es también la posibilidad de visibilizar, hacer público el relato de quienes por años han vivido a la sombra de sus recuerdos. Incluso, en algunos casos, han preferido ocultar el pasado a su familia directa y a sus amigos por miedo, por vergüenza, como una manera de huir o de resistir. Lo que vivieron es de naturaleza trágica y con una carga emocional teñida de horror. Las bombas fueron solo el comienzo de la desgracia para muchos japoneses. Es un deber recuperar ese pasado.

La tragedia en contexto histórico-geográfico.

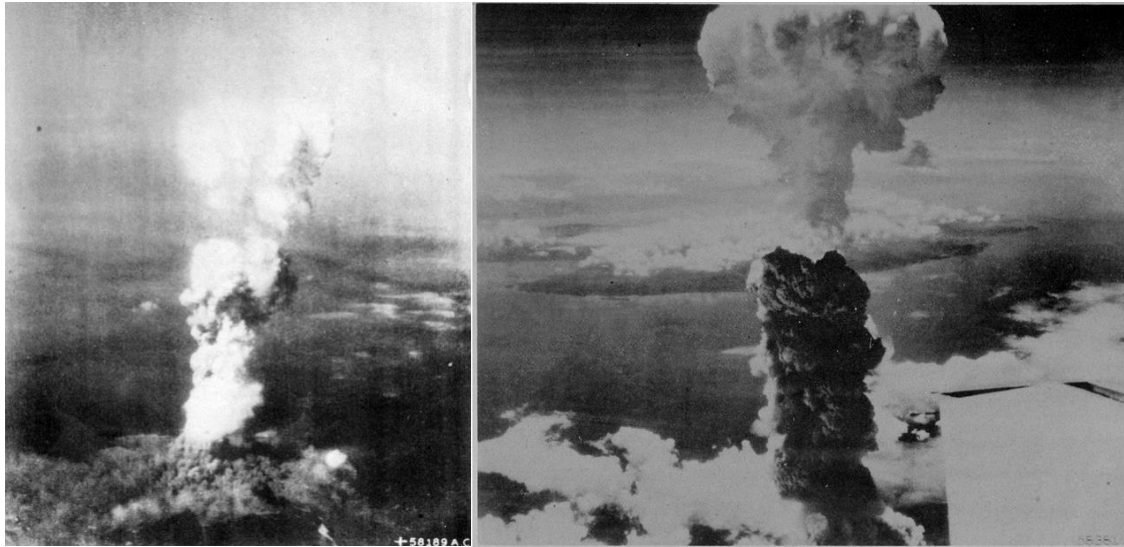


Ciudad de Nagasaki antes del bombardeo. Típicas construcciones de la época.¹

Como menciona Hobsbawm (1996) en 1945 no hacía falta lanzar las bombas atómicas para que Estados Unidos consiguiera la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, como forma de salvar vidas de soldados norteamericanos y también y quizá más importante aún, para impedir que la URSS reclamara un botín en el sudeste asiático en agosto de ese año se lanzaron las bombas en Hiroshima y Nagasaki con una diferencia de 3 días. A las 8:15 horas cayeron unas 4 toneladas de la denominada “Little Boy” en Hiroshima provocando una temperatura estimada en más de 3000 Celsius. 45 minutos después de la detonación comenzó la “lluvia negra”. Se calcula que 166000 personas fue la cifra total de víctimas entre los que murieron en el acto cerca de 80000 y los que fallecieron como consecuencia de las lesiones y enfermedades derivadas de la radiación; o bien producto del impacto psicológico, social y laboral que las bombas implicaron. En Nagasaki el 9 de agosto a las 11:02 horas las nubes se abrieron para dejar caer la bomba “FatMan”. El objetivo primero era Niigata pero estaba lloviendo y se cambió por Kokura pero la niebla espesa terminó por indicar que el único claro estaba en Nagasaki y hacia allí se dirigió el

¹PHOTOGRAPHS OF THE ATOMIC BOMBINGS OF HIROSHIMA AND NAGASAKI by The Manhattan Engineer District- <http://www.allworldwars.com/Photographs-of-the-atomic-bombings-of-Hiroshima-and-Nagasaki.html> consultarealizadamarzo 2017

avión Bockscar con la carga. Si bien buscaban destrozarse astilleros se encontraron con la fábrica de armas Mitsubishi. Esta segunda bomba más poderosa que la de Hiroshima arrasó con la mitad de la ciudad, donde 35000 personas murieron en forma inmediata y en total fueron más de 70000 las víctimas². La gran mayoría de la población estuvo expuesta a la radiación y las consecuencias no fueron inmediatas. En algunos casos, pasaron años hasta que se manifestaron los síntomas del daño en los cuerpos³.



Bomba y estallido en Hiroshima. Bomba y estallido en Nagasaki.

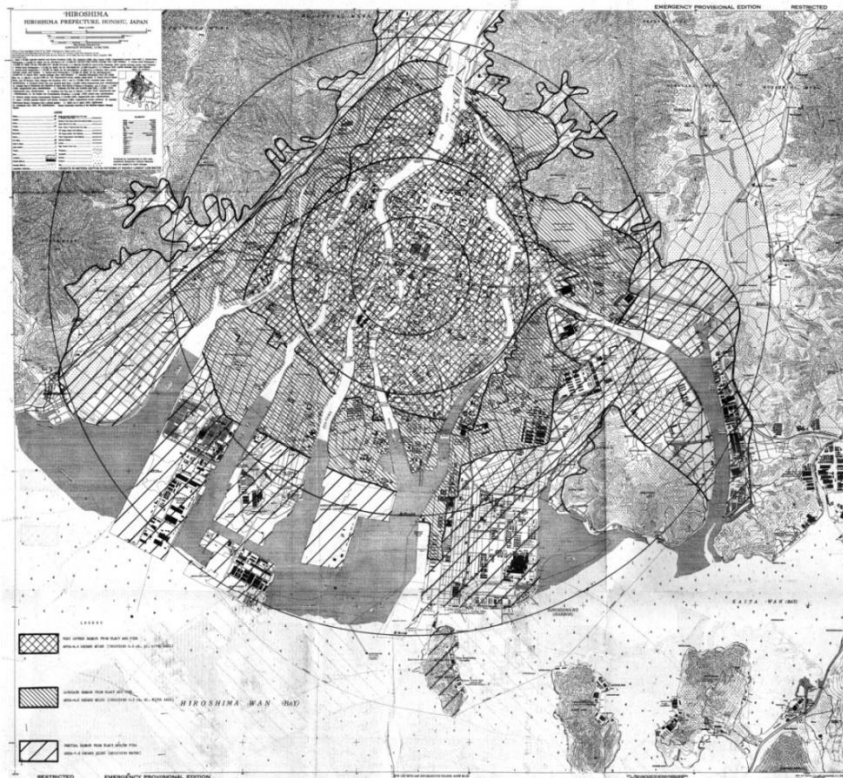
Las ciudades de Hiroshima y Nagasaki en las prefecturas del mismo nombre, se ubicaban a 806 km y 1225 km de distancia respectivamente de la ciudad capital Tokio. Ante la creencia

²Según el Comité de la Ciudad de Nagasaki para la Conservación de la Documentación sobre la Bomba Atómica, a la fecha de diciembre de 1945 la cifra de fallecidos por la bomba ascendía a 73.884 personas, de las cuales un 65 % eran ancianos, niños y mujeres. El número de heridos se situaba en 74.909. En aquel entonces, la población de Nagasaki rondaba los 240.000 habitantes, de ahí que aproximadamente el 62 % de las personas que vivían allí muriera o sufriera lesiones.

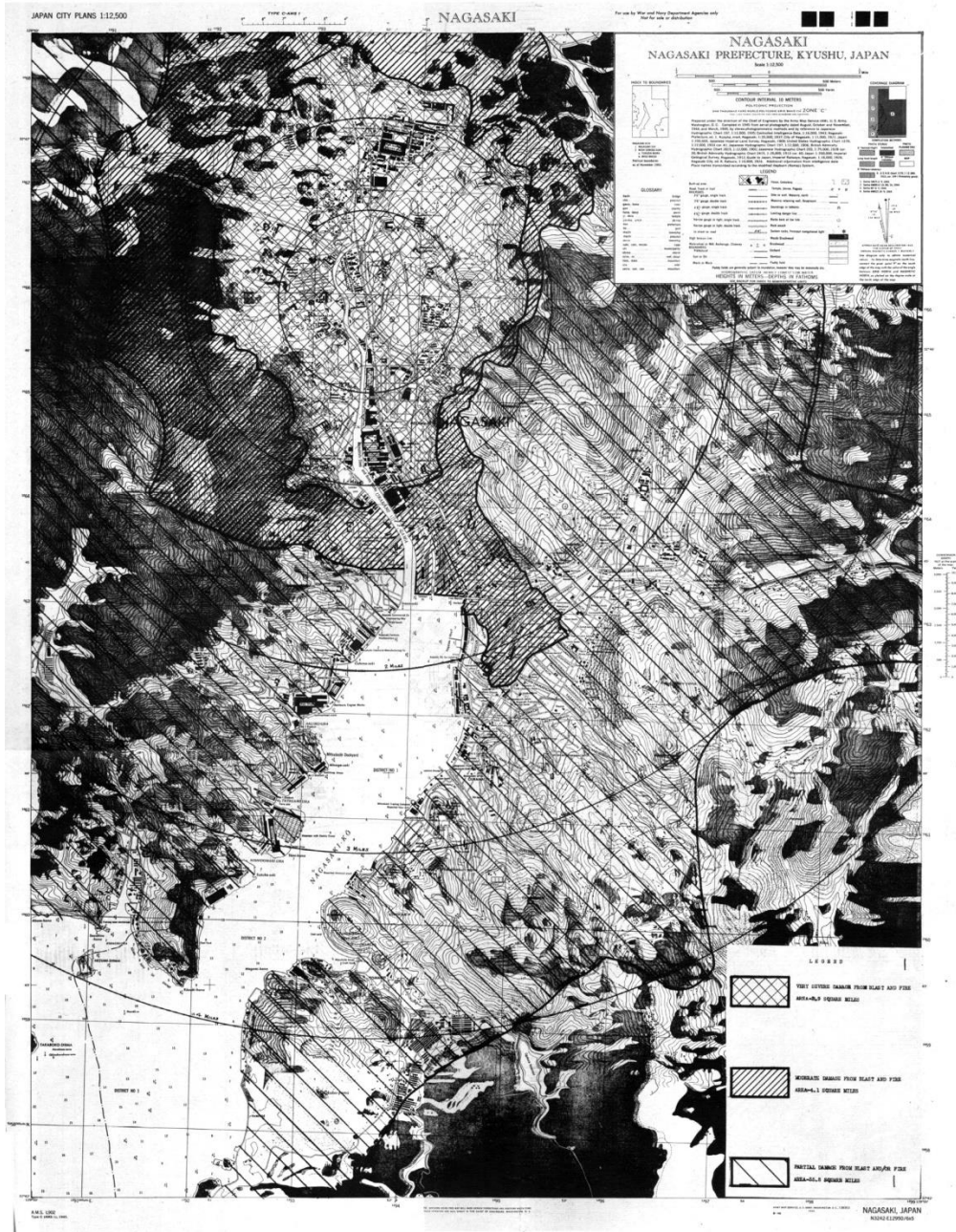
El registro con los nombres de los supervivientes de la bomba atómica que van falleciendo, se actualiza cada año en el Pabellón Nacional de la Paz en Memoria de las Víctimas de la Bomba Atómica de Nagasaki, situado al lado del Museo de la Bomba Atómica de Nagasaki y a 250 metros del epicentro de esta; a finales del 2014 constaba de 167 volúmenes en los que figuraban 165.425 personas. En la planta baja, se observa una especie de piscina rebosante de agua, elemento que las víctimas de la bomba atómica pedían desesperadamente tras la explosión. El sótano alberga en su primer piso, una sala de lectura en la que se pueden leer documentos escritos a mano por 36.400 afectados. Por desgracia, esta información no está disponible en Internet por cuestiones de protección de datos personales, pero los testimonios son realmente gráficos. El crítico TachibanaTakashi ha venido abogando firmemente por su publicación. En lo que respecta a las víctimas de la bomba atómica de origen extranjero, todavía se desconocen datos precisos, pero se calcula que se cuentan entre 12.000 y 13.000 coreanos, 650 chinos y unas 200 personas de otros lugares.

³Los datos suministrados por el Ministerio de Salud, Trabajo y Bienestar de Japón en julio del 2015, mencionan que el número de personas en posesión de la Cartilla Sanitaria como Víctimas de la Bomba Atómica, alcanzaba las 183.519 a finales de marzo del mismo año, 9.200 menos que en la misma época del 2014. Por ciudades, la cantidad de afectados por la bomba en Nagasaki que continúan con vida asciende a 47.863 personas, 83.367 en el caso de Hiroshima. se estima que ambas bombas provocaron finalmente la muerte de unas 290.325 personas. Muchos sobrevivientes sufrieron de distintas enfermedades entre ellas leucemia.

generalizada dentro de la cúpula militar norteamericana que los japoneses lucharían hasta el último hombre, las ciudades fueron elegidas entre cuatro objetivos potenciales por su importancia militar. La ubicación geográfica de cada ciudad determinó que los efectos de la devastación fueran diferentes. En el caso de Hiroshima emplazada en un valle, las olas de fuego y radiación se expandieron más rápidamente y llegaron a alcanzar una mayor distancia respecto a Nagasaki, donde sus montañas sirvieron de muro de contención a la tormenta radiactiva. En los dos kilómetros a la redonda de donde cayeron las bombas la magnitud de la destrucción fue total. El fuego y el calor mataron a todo ser vivo. Los cuerpos se pulverizaron. Incluso a 8 km de distancia del epicentro todos los vidrios estallaron producto de las ondas expansivas. En Hiroshima se formó una tormenta de fuego con vientos de hasta 60 km por hora. El alto mando japonés envió una misión de reconocimiento que sobrevoló la zona por tres horas. Los informes hablaban de una enorme cicatriz en la tierra. La segunda bomba demostró la capacidad atómica de los Estados Unidos y su mayor fuerza destructiva. Para el 14 de agosto el Imperio del Sol había aceptado los términos de la rendición.



Mapa de Hiroshima



Mapa de Nagasaki⁴

⁴ Los mapas fueron extraídos de PHOTOGRAPHS OF THE ATOMIC BOMBINGS OF HIROSHIMA AND NAGASAKI by The Manhattan EngineerDistrict- <http://www.allworldwars.com/Photographs-of-the-atomic-bombings-of-Hiroshima-and-Nagasaki.html> consulta realizada marzo 2017

Escuchar en silencio

Quienes aceptaron narrar lo sucedido eran jóvenes⁵ en aquel momento, algunos escolarizados en nivel secundario, otros trabajadores de fábricas. Después de aquellos días pasaron a conocerse como *hibakusha*⁶ y como tales, discriminados como si fueran los leprosos de la Edad Media. Ser un *hibakusha*⁷ era sinónimo de haber sido víctima de la radiación y por tanto, portador de alguna enfermedad derivada de la misma. Sobre este concepto volvemos hacia el final del informe.

Estas víctimas rememoran lo vivido, reconstruyen aquellos terribles momentos de los que muy poco han hablado desde la tragedia. Algunos recuerdos los ha erosionado el tiempo. Otros se modificaron por diferentes experiencias vividas como por ejemplo la de migrar. Hay algunos que se debilitaron tanto hasta que desaparecieron, quizás por el enorme dolor que causaban. Son memorias paralizadas por sentimientos envilecidos.

En los relatos siempre aparece la gran luz. Luz que en este caso, es sinónimo de desolación. Uno de los sobrevivientes de Nagasaki recuerda que era su día de descanso en la fábrica y que por ello, aprovechaba para visitar a su madre enferma que vivía en la casa de sus primos por la cercanía de un hospital. Tenía 16 años. Después de esperar la llegada del tranvía decide cambiar el rumbo y se dirige hacia el centro de la ciudad. La luz lo sorprende dentro del tranvía. En principio creyó que era producto de un cortocircuito y para evitar electrocutarse salta hacia la acera. Pero en ese momento se produce la onda expansiva. Pasados unos segundos se da cuenta que respira, abre los ojos, pero todo está oscuro. No se sabe cuánto tiempo pasa hasta que recupera la visión y puede observar todo destruido, escombros por todos lados. El tiempo se detiene en el horror.

Recuerda con mucha precisión que a menos de 2 kilómetros del epicentro los pasajeros del tranvía sufrieron las heridas provocadas por el estallido de los vidrios. El maquinista murió en el

⁵ En la entrevista realizada al Presidente de la Asociación de la Prefectura de Hiroshima Sr. Koichi Inoue, manifestó que solo se registran en la asociación, tanto de la Prefectura de Hiroshima como de Nagasaki, un total de cinco sobrevivientes. En Colonia Urquiza actualmente vive uno de ellos, que accedió a testimoniar en el mes de enero del 2017. El resto está radicado en Buenos Aires. En Colonia Urquiza están registradas como oriundas de esas Prefecturas 4 familias: Kikue, Murakami, Yamago y Nishida. Las dos últimas reciben asistencia médica y subsidio. La familia Murakami suministró un censo del 2001 donde se registra la nómina de socios descendientes de Hiroshima en la Argentina, pero que no son sobrevivientes directos.

⁶ Esta palabra nombra al sobreviviente que estuvo en la zona de máxima radiación.

⁷ Los llamaron, en los primeros momentos de la explosión, como "*caimanes que caminan como hormigas*" porque se les había quemado la piel de la cabeza, no tenían ojos ni boca y como no podían hablar ni gritar, emitían un sonido horrible, como el chillido de un animal. Víctimas sin rostro que en su mayoría, murieron poco después.

acto por el destello. *“yo me salvé de la radiación porque salté”, “me lastimé el pie pero fui a buscar a mi madre”. “La encontré y la cargue sobre mis espaldas y la llevé a un lugar abierto cerca de la vía...”*. Comenta que vio muchas personas heridas y quemadas, que se dirigían hacia donde ellos estaban. Huían del fuego. No se sabía el sexo ni la edad de las personas, parecían fantasmas que marchaban agonizantes. Se podían escuchar palabras como *“me duele, por favor ayúdame, me quema”*. En otro relato también de Nagasaki aparecen las mismas palabras *“todo quema”*. Los sobrevivientes expresan su dolor con frases cortas. Algunos porque el llanto los ahoga, otros, tienen dificultad para hablar español. Los familiares, especialmente los hijos, describen un poco más *“se murieron todos los parientes” “la que falleció en bomba es mi abuela”*. Una pareja de sobrevivientes expresa *“nos salvamos porque ella estaba en un templo a 30 km del epicentro y yo en el ejército”*. Otras palabras que se repiten con frecuencia son **humo, ceniza, calor, sed**. Escuchamos decir que había que sacudirse el polvo y las cenizas en el río *“los cadáveres flotaban, algunos se habían tirado porque no aguantaban el dolor de las quemaduras o tal vez tenían sed y se ahogaron en la desesperación”* recuerda un sobreviviente de Hiroshima. Lo que más impacta sin dudas, es la diáda fatídica compuesta por las palabras **soledad y muerte**.



Hiroshima después de la bomba.



Nagasaki después de la bomba.

Otro sobreviviente nos cuenta que se hallaba a 28 kilómetros del epicentro. Trabajaba como voluntario en los campos que abastecían a las ciudades de alimentos. El servicio comunitario entre los jóvenes que cursaban la escuela secundaria era rotativo, podía ser en el campo o en las fábricas de armas. Había que colaborar como soldados. Tenía solo 15 años y vivía en la pensión de la escuela. Las alarmas por bombardeos ese día no sonaron. La pensión fue arrasada por las llamas. A 20 días del estallido y después de colaborar con los heridos y en la reconstrucción de la ciudad, se encuentra sin lugar donde dormir. Consigue embarcarse en un carguero que lo traslado a su ciudad natal Goto⁸ y allí permaneció por tres semanas en el hogar materno. Luego regresó a la ciudad de Nagasaki. Su familia estaba compuesta por sus padres y seis hermanos de los cuales el mayor, había muerto en la guerra. Habrán pasado 30 días aproximadamente y aquel joven ya estaba nuevamente escolarizado; podemos observar que rápido se inició la reconstrucción del Japón derrotado.

⁸Ciudad de la Prefectura de Nagasaki que se compone de 11 islas habitadas y 52 islas no habitadas. Se ubica a unos 100 km de la ciudad de Nagasaki

Recuerda que vio un avión que volaba muy bajo y arrojó algo en un paracaídas. Luego supo que era un avión norteamericano y que aquel bulto era una bomba. Habla de la imagen de aquel día “*un hongo negro envuelto en llamas*”, “*se acercaba lentamente a tierra*”. No pensó nunca que había hecho tantos destrozos. Cree que el haber estado en el campo rodeado de montañas hizo que éstas sirvieran de muro y el efecto radioactivo no se expandiera tanto como en Hiroshima. También detalla que todos querían irse, que había grandes listas para partir. Pero los trenes que funcionaban entraban y salían de la ciudad con los heridos que trasladaban a otras ciudades para ser atendidos. Los barcos cargueros eran los únicos transportes disponibles.

En los relatos se hace evidente el antes y el después de la tragedia en los recuerdos de los espacios conocidos. Aquello que habían visto antes, más temprano, ya no estaba y el contraste con el después es abismal, sinónimo de desolación. La fábrica, la casa familiar, la escuela no existen más. Los ojos ven solo escombros y fuego, restos de lo que había sido una ciudad. El concepto de belleza pinta muchas escenas que aparecen en los testimonios “*el cielo aquel día tenía un color especial*” un color que se transforma minutos después en horror.

Es frecuente que aparezca la palabra ***búsqueda*** en los relatos. La búsqueda y luego el reencuentro de algunos de ellos con sus padres o con otros familiares después de días, semanas y meses de no verse, de no saber nada de ellos. Algunas separaciones fueron producto de los distintos lugares a donde fueron trasladados los heridos para su recuperación, por ejemplo, islas cercanas a los epicentros. Otras, lamentablemente producto de la muerte. Los que sobrevivieron sin heridas de consideración visibles se marcharon a vivir con parientes en diferentes lugares de Japón. Otros, tenían heridas que tardaron mucho en cerrarse. Y otros, vivieron con marcas que nunca se borraron.

Abrir futuro al pasado

Hablamos de *memorias* en plural porque aparecen sin dudas en las entrevistas: la memoria dolorosa evidente ante fotografías de la familia, de los lugares, de las bombas; la memoria de las víctimas materializada en cicatrices físicas y psíquicas; y una memoria vergonzante, la que deriva de haber sobrevivido a la tragedia, la que se expresa en silencios, en ocultamiento de la historia, en la estigmatización que sufrieron.

Al respecto un sobreviviente cuenta que cuando finalizó sus estudios en la escuela superior de Hiroshima se fue a vivir a la capital donde formó una familia y tuvo dos hijos. Nunca habló de lo sucedido con su familia ni con amigos, hasta que celebró sus 50 años y una organización relacionada con los sobrevivientes tomó contacto con él. Allí descubrió que muchos de los que se salvaron habían sufrido discriminación, otros fueron afectados por enfermedades derivadas de la exposición radiactiva. Y comprendió que los testigos tenían la obligación de transmitir el daño que las armas nucleares habían provocado no sólo a la población, sino también al medio ambiente.

En otro de los testimonios es el hijo de una mujer inmigrante el que recuerda a través de fotografías la ciudad de Nagasaki y a su abuela que murió allí como consecuencia de la bomba. Su mamá recuerda que después de la guerra y por la falta de alimentos decidieron venir a la Argentina. Era 1955 y en el país también caían bombas para derrocar al gobierno de Juan Domingo Perón. Imposible para estos inmigrantes no relacionar en forma directa esas imágenes de humo y cadáveres en la Plaza de Mayo, con su pasado reciente en Japón.

El olor a muerte volvió a sentirse, menciona. *“Volaban puertas y ventanas, todo ardía y los cuerpos se convertían en cenizas”* aquí los recuerdos se confunden con su pasado en Japón en un templo ubicado a 30 km de donde se produjo la explosión, adonde se refugiaban de los constantes bombardeos. Tardaron 3 meses en llegar al país, primero se instalaron en Chivilcoy y luego se afincaron definitivamente en Colonia Urquiza. Emigrar es también una forma de resistir, de empezar de nuevo en otro lugar alejado de los estigmas que la sobrevivencia adjudicaba.

Nos referíamos al comienzo a recuerdos que se marginan, especialmente aquellos que tienen una profunda carga emocional. En los casos que relevamos pasó mucho tiempo hasta que decidieron contar lo que habían pasado aquellos días. En algunos, cuando ocurrieron accidentes relacionados con la energía nuclear concretamente el de Chernóbil⁹ y el más reciente de Fukushima¹⁰ se comenzó a hablar de Hiroshima y Nagasaki desde la problemática de la radiación y del impacto ambiental. Estos hechos se constituyeron un punto de inflexión entre los

⁹ Accidente nuclear ocurrido en la central Vladimir Ilich Lenin (Ucrania) el 26 de abril de 1986. Es considerado como uno de los mayores desastres ambientales de la historia.

¹⁰ Ocurrido el 11 de marzo de 2011 como consecuencia de los desperfectos que ocasionó el terremoto y tsunami de Japón Oriental. Se trató de una serie de incidentes como explosiones de edificios, fallas en sistemas de refrigeración y liberación de radiación al exterior. Iguala a Chernóbil en la escala internacional de accidentes nucleares, nivel 7.

sujetos implicados, que asumieron su implicación y comenzaron a pensar en las diferentes formas de abordarla.

El ocultamiento del pasado está íntimamente relacionado con la estigmatización del que sobrevivió. Y no importa la distancia del epicentro. Si estabas en la ciudad eras sospechoso de estar irradiado. En el primer relato que recogimos aparece esta relación. “*yo me salvé porque salté*”. O las palabras, “*mi madre también se salvó porque estaba dentro de su casa*”. Estas consideraciones respecto al milagro de sobrevivir parecen huellas maquilladas. Evitan utilizar palabras que hablan de la larga agonía, del después, del no saber que quedó en cada cuerpo. Son barreras que se construyen para poder continuar. Aunque también es claro el desconocimiento primigenio respecto a lo que había sucedido y que significaba ese destello que apareció un 6 y 9 de agosto en el cielo japonés.

Mientras avanzaban los testimonios pudimos pensar en lo significaba para cada joven o niño después de la tragedia crecer con angustia, pensar en la muerte. Son recuerdos que persiguen en la niñez, que dan miedo. Algunos despertaban por las noches asustados porque veían esa luz cegadora. Otros crecieron con miedo a ser rechazados. El poder simbólico de las enfermedades en este caso los convirtió en un colectivo temible. Muchos creyeron que al estar alejados o al no haber estado expuestos directamente a la lluvia radiactiva no tendrían problemas de salud, pero lo cierto es que la posterior lluvia negra los enfermó igualmente, “*la lluvia negra que empapa*”. Más de 70 años después contar mitigó en parte el dolor.

Entre los relatos hay uno que dijo no tener heridas en su cuerpo ni tampoco psicológicas. Recuerda como enfermaba la gente pero desconocía que eran los efectos de la radiación. El ayudaba y tampoco sabía si ello le traería consecuencias inmediatas o a largo plazo. De hecho menciona que cuando regresó de Goto comenzó a sentir molestias pero no se hizo ver por un médico. Consideraba que su malestar no se podía comparar con los sufrimientos que había visto y seguía viendo.

Muchas familias que se salvaron no volvieron a hablar del tema con sus hijos y estos cuando se casaron tampoco lo hicieron. Tampoco lo hacían cuando jóvenes en la escuela secundaria. En un relato aparece “*Nunca se habló en casa. Tanto yo no hablé, como mis hijos no preguntaron*”. Pasaron años y uno de nuestros sobrevivientes pudo viajar en 1973 y luego en 1990. En esas dos oportunidades se seguía evitando hablar de lo ocurrido. Él no se interesó por visitar los Museos y Memoriales que se hicieron para recordar la tragedia. Memoria y emoción van de la mano,

memoria y sufrimiento, memoria y proyecto de vida feliz. Muchos decidieron fragmentar los recuerdos, otros los borraron, otros los vaciaron de contenido peligroso para el futuro. Memorias dominadas por el dolor que en algún momento de la vida deciden expresar “*aquello existió*” “*yo estuve allí*” “*yo la vi caer*”.

Voces recuperadas

Las bombas fueron solo el comienzo de la desgracia para miles de japoneses. Mostraron al mundo las dos caras del progreso: una cara, la energía nuclear, la otra, la destrucción nuclear. La posguerra trajo hambre para la población. No solo faltaban alimentos también faltaba agua. Se hacían largas colas para obtener una mínima ración. El odio hacia los norteamericanos creció entre los que se salvaron en los primeros tiempos. La censura impuesta por Estados Unidos hizo que no se conocieran los detalles del arma utilizada en la explosión. Después con los años la gente comprendió que la única culpable era la guerra y no los ciudadanos de ese país. Durante la ocupación los médicos norteamericanos estudiaron las heridas provocadas por las bombas no para mejorar la salud de las víctimas, sino para conocer en profundidad los efectos de la radiación sobre los cuerpos¹¹. Entre la población y producto de la escasa información, se creía que la radiación era contagiosa. Y ello significó una doble discriminación para los sobrevivientes: por parte de sus conciudadanos y por parte de los norteamericanos. Pasaron a ser ciudadanos de segunda clase. Sujetos de pruebas médicas.

Ocultar su pasado fue una estrategia para conseguir empleo. Cuando se manifestaba alguna enfermedad inmediatamente eran despedidos. Oficialmente se reconocieron 328629 sobrevivientes, la mayoría de los cuales ha padecido algún tipo de cáncer o deterioro genético. Muchos se suicidaron al no poder vivir con la angustia permanente de no saber cuándo enfermarían. Relatan que no recibieron ayuda del gobierno de Japón, ni tampoco de EEUU. A partir de 1990 con Japón recuperado el subsidio en yenes se transformó en una suma importante que además consideraba los años no recibidos por estar en el extranjero “*decido comenzar el trámite pero necesito dos testigos que fueron mis compañeros de secundaria y un documento que dijera que ese día estaba en Nagasaki*”, “*busqué el acta de la escuela pero no la*

¹¹Si bien los científicos que participaron del desarrollo de las bombas atómicas sabían de los efectos de las mismas, creían que éstos iban a desaparecer al cabo de 20 años. Lo cierto es que han pasado más de 70 años y continúan apareciendo, entre los sobrevivientes, nuevas patologías derivadas de la exposición a la radiación.

encuentro...pensé que era un alumno no destacado...la encargada decidió buscarlo entre los sobresalientes y figuraba en la tabla de honor”. En el año 2003 recibió el subsidio y cada dos años asistencia médica de profesionales de Hiroshima o Nagasaki para aquellos registrados oficialmente.

Los *hibakusha* son personas que viven con una identidad deteriorada. Vieron cómo se detenía el tiempo aquel 6 y 9 de agosto. Todos los relojes rescatados marcaron ese momento. Son personas que aprenden a vivir con marcas visibles o invisibles y que hacen un esfuerzo de adaptación social. No sucumbieron ante lo peor, no se rindieron frente a aquel infierno. Son personas a las que les cuesta entablar relaciones con otros, que se sienten descalificados por haber estado cerca de lugares con radiación. Algunos, con un estigma sutilmente invisible y conocido solo por ellos, se permitieron mantener el secreto frente a los demás. Otros, se autodespreciaron, llevaban marcas de descrédito en sus cuerpos. El suicidio fue la salida para unos cuantos. En algunos casos no se casaron, en otros no tuvieron hijos, otros vivieron en soledad porque tenían miedo de transmitir la radiación de alguna manera. Algunos prefirieron casarse entre ellos y de esa manera, sobrellevar el peso del estigma juntos. Otros emigraron y con ellos también sus historias.

Los testimonios recogidos y analizados corresponden a personas de edad avanzada. Se realizaron en sus hogares y se contó con la buena disposición de hijos y amigos de la comunidad que oficiaron de intérpretes, dado el poco español que hablan. Durante el desarrollo de las entrevistas no solo se recorrió la tragedia sino todas las experiencias de vida tanto en Japón como desde su llegada a la Argentina. Se visibilizaron las dimensiones de la cotidianeidad de estas personas. Los primeros años en el país, las dificultades laborales y de inserción comercial, los sacrificios en pos del crecimiento, pero también la posibilidad de vivir en comunidad y compartir idioma, tradiciones, identidad.

Instalados en este país no tienen intención de volver. Coinciden algunos en la necesidad de reflexionar acerca de la posesión de armas nucleares por parte de varios países y sobre el daño humanitario y ambiental que provocan. En sus silencios también dicen aquello para lo que no existen formas del decir *“no hay palabras para nombrar lo que vivimos”*.

Los testimoniados son hombres y mujeres francamente reservados. Convivieron con la muerte cuando eran niños. Crecieron con miedo. Pero iniciaron una vida en otro lugar donde su pasado no regía su presente. Han pasado 72 años de ese agosto de resplandor. Hay espacios, en los

laberintos subterráneos de los que hablamos al principio, a los que difícilmente podamos acceder.

Bibliografía.

Goffman, Erving (1993): *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Halbwachs, Maurice (2004): “Memoria Colectiva y Memoria Individual” en *La Memoria Colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.

Hobsbawn, Eric (1996): *Historia del Siglo XX*. Crítica. Barcelona.

Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*. S. XXI. Madrid.

Kawada, Junzo (2002): “La Memoria Bloqueada” en *¿Por qué recordar?*. Academia Universal de las culturas. Cap. III. Ediciones Granica. Barcelona.

Pollak, Michael (2006): *Memoria, silencio y olvido. La construcción social de identidades frente a las situaciones límite*. Al Margen Editorial. La Plata.

Portelli, Alessandro (2004): *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. FCE. Buenos Aires.

Rothberg, Michael (2014): *Teoría del trauma, sujetos implicados y la cuestión Israel-Palestina*. Traducción Soledad Griffin. Trabajo presentado en la Convención MLA, Chicago.

Todorov, Tzvetan (2008): *Los abusos de la memoria*. Paidós. Madrid.

Traverso, Enzo (2011): *El pasado, instrucciones de uso*. Prometeo. Buenos Aires.

Wiesel, Elie (2002): Prefacio en *¿Por qué recordar?* Academia Universal de las culturas.